

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

EN PROVINCIAS.

Sábado 20 de junio de 1857.

EDICION DE LA MAÑANA.

AÑO III.—NUM. 758.

MADRID 20 DE JUNIO.

Nuestro apreciable colega *La Epoca*, al examinar el artículo que publicamos en nuestro número del jueves último, conviene en que la Constitución de 1845, es la base sobre que debe erigirse el edificio político; la expresión más ortodoxa y auténtica de las doctrinas conservadoras. Añade el periódico á que aludimos, que el acta adicional no tenía otro fin que el de presentar como mas explícitos y practicables los principios comprendidos en aquella carta; idea que sentimos no poder admitir en toda su latitud, ni hacer bajo este concepto, el holocausto de las nuestras en aras de la conciliación que tan ardientemente deseamos. Nunca hemos creído que nuestro ilustrado confratere repeliere un código que con tal fidelidad simboliza las grandes aspiraciones del partido moderado; pero hoy, y negarlo fuera mengua de nuestra franqueza, hemos experimentado una verdadera satisfacción al observar que ni el influjo analítico del tiempo, ni el poder mas analítico y disolvente de las revoluciones, han sido suficientes á conmover ese punto de concordia, ese *non plus ultra* de cuantos aman sinceramente el trono y las instituciones liberales.

Ingrata, y mas que ingrata dolorosa impresión nos causa el contemplar que las tendencias reaccionarias van tomando un vuelo y desarrollo progresivos. No es porque nosotros pretendamos cerrar el estadio de la discusión á los principios opuestos; no es porque deseemos condenar á un ostracismo imposible ciertas pretensiones; no porque neguemos la lealtad y la buena fe á los que proclaman máximas contrarias á las que venimos sosteniendo. No; no es eso ciertamente. Para nosotros la discusión decorosa y racional es la vida de los gobiernos representativos, y mal podíamos rechazar aquella, abogando fervorosamente por estos: en nuestro sentir, del choque de opiniones encontradas brota siempre un rayo de luz, como del roce de dos cuerpos igneos brota una partícula de fuego; para nosotros la atonía de un cuerpo político es el síntoma más seguro del despotismo, y el despotismo, si ha sido una necesidad de épocas y países determinados, es una aberración deplorable, atendido el estado de nuestra cultura. Pero de eso á los sentimientos se agiten con violencia; de eso á que las pasiones se pongan otra vez en abierta pugna; á que aparezca mas honda y flagrante la división de los partidos, y á que en nombre del elemento histórico se altere el espíritu de nuestras instituciones, hay en verdad, una distancia inmensurable. Bien sabemos que la historia es la filosofía práctica de la humanidad, mas por esto mismo envuelve la condenación de todo pensamiento reaccionario. Obligar á la sociedad á que retroceda dos ó tres siglos en su carrera, es tanto como obligar á un hombre en toda la plenitud de su desarrollo físico, á que se reduzca á las proporciones de un niño. Semejante empeño produciría los mas funestos resultados y las mas tremendas convulsiones; tratándose de organizar un pueblo, es preciso respetar la obra de las edades y las condiciones existentes, porque en política no se puede emplear sin gran peligro, el lecho de Procusto.

Concretando estas consideraciones, y estudiando las circunstancias en que se halla nuestro país, creemos que la reacción triunfante sería la vanguardia de la revolución. Y á realizarse nuestros temores, que nada tienen de imaginarios, ¿cuántos males caerían sobre nuestra infortunada patria! ¿Dónde, en medio de la conflagración de sentimientos, de intereses y de personalidades, se podría hallar un áncora bastante fuerte para salvar las instituciones mas respetables, del general naufragio? Quizá se nos diga que nos sobrestamos sin fundamento, ante la idea de peligros que todavía no existen; mas por lo mismo que no existen, queremos conjurarlos al tiempo, pues si sobrevienen, la fuerza será tal vez impotente para conseguir lo que no ha conseguido la prudencia.

Aun es hora de que el gobierno comprenda bien su situación. La ley fundamental de 1845, según hemos opinado siempre nosotros, según opina nuestro colega *La Epoca*, y según opinarán probablemente todas las fracciones conservadoras, puede servir de sólido cimiento al sistema monárquico representativo, y constituir un lazo de unión para todos los hombres importantes, afectos á este sistema. ¿Por qué no se observa con religiosidad indeclinable en su espíritu y en su letra, sin pretender desnaturalizar con arriesgadas innovaciones? Concediendo hipotéticamente lo que estamos muy lejos de conceder en absoluto, que las reformas proyectadas contribuyesen á mejorar la Constitución, todavía las combatiríamos, porque el optimismo debe ser una negación en política; lo bueno rechaza lo mejor.

A la sombra protectora de aquella ley fundamental podrían desenvolverse los ramos administrativos y rentísticos, y nacer otro género de reformas; las reformas materiales que tanta falta hacen en nuestra nación. ¿No seríamos nobles, mas digno para el ministerio y mas fructuosos para el país el que en lugar de promover debates ocasionados á inflamar las pasiones populares,

se pensara únicamente en reabrir los surtidores de riqueza que existen en nuestro privilegiado suelo?... Cuando un gobierno ve amenazada su existencia ó juzga que no puede llevar el bien hasta las entrañas de la nación, por carecer de medios legales, nada mas en el orden que disipe aquellos peligros y habilite ó cree estos medios; pero el gabinete actual no se halla en ninguno de ambos casos. La tranquilidad material se halla asegurada: y si se nota sobreescitación en los ánimos, debe atribuirse única y exclusivamente á esas disposiciones restrictivas, á esos proyectos que afectan tan en lo íntimo á nuestra existencia política. En cuanto á medios legales, la legislación de 1845 ha bastado durante nueve años, para que la acción gubernativa alcance á todas aquellas partes donde su influencia puede ser provechosa.

Repetimos que estas observaciones no tienen el carácter de hostilidad hacia el gobierno: amigos nos hemos mostrado, amigos somos en la actualidad y continuaremos siéndolo del ministerio que preside el duque de Valencia; mas por esta misma razón nos creemos en el imperioso deber de manifestarle la verdad, sin ambages, sin rodeos, sin género alguno de contemplaciones. No llevamos nuestro amor propio hasta el punto de desear que se cumplan nuestros tristes vaticinios; pero no retrocederemos nunca ante la línea política que nos hemos trazado, después de un maduro examen y de profundas reflexiones.

Ayer se aprobó en votación ordinaria el artículo 1.º del proyecto de reforma, que reemplazará al 14 de la Constitución de 1845.

Abierta la sesión á las dos y cuarto, bajo la presidencia del señor marqués de Viluma, después de aprobada el acta de la anterior, se concedió la palabra en pró del artículo 1.º del dictamen, al señor Estébanz Calderón, que prosiguió su discurso, suspendido en la sesión anterior.

También su señoría acudió á la historia: la historia ha sido en esta discusión el gran campo de batalla, donde han luchado con denuedo los adelidos de todas las opiniones.

El discurso del señor Estébanz Calderón tuvo por principal objeto rebatir los argumentos del señor Heros, y preciso es confesar que, sino estuvo siempre acertado, no hay duda que fué feliz en las citas y en los razonamientos históricos. El señor Estébanz Calderón, cuya erudición y ciencia no cabe por ninguno negarse, hizo los esfuerzos imaginables para dejar triunfante la causa que defendía; y sino lo consiguió, porque esto era imposible en el terreno de la razón y de la conveniencia, sinceró al menos á la nobleza española de los golpes que, con deducciones históricas, despiadadamente descargó sobre ella en su discurso el señor D. Martín de los Heros.

Nuevas pruebas y nuevas citas, también históricas, en contra de las del señor Heros, adujo el señor Estébanz Calderón y entre otras, y para probar su aserto de que la nobleza de España tuvo el derecho de representación que en la época antigua la correspondía, leyó un párrafo de un documento extractado de las obras de D. Gerónimo Zurita, por el que se comprende que los grandes acudían á las Cortes en virtud de un derecho, aunque este derecho no fuese bien definido. También señaló como acto de energía en la nobleza, la oposición del señor de Lara á que D. Alonso el Sabio suprimiera el feudo de Portugal, y dijo luego que la debilidad y las faltas de la grandeza para con el pueblo, que tan empeñosamente se han acumulado, reconocen por causa, no la señalada por el señor Heros, sino la ignorancia y la rudeza de los tiempos, y el aislamiento y los encontrados intereses de los nobles. Que la institución de la nobleza como clase en 1519 no comprendió únicamente á nueve familias, sino á 72, y que su conducta en aquella ocasión fué efecto de la enfermedad moral que perturbaba las inteligencias de aquel siglo.

Deploró en seguida que se desconocían los servicios de la nobleza, cuando podía citar y citó notables hechos de los grandes en nuestros días, y concluyó manifestando que los únicos argumentos de alguna fuerza presentados contra la reforma, el de su inoportunidad, y el que se fundaba en que con ella se cercenar las prerogativas de la corona, habían sido contestados y carecían ya de fundamento.

Antes de sentarse, espuso la teoría de que con todas las Constituciones es dado gobernar bien, y las examinó todas para probar en tesis, cosa que nos llamó sobremanera la atención, pues á nada conducia para el objeto con que había pedido la palabra.

Al levantarse para hablar el señor duque de Rivas, el señor presidente le recordó con gran oportunidad, que no olvidara que era el quinto académico de la historia que usaba de la palabra; pero el señor duque de Rivas no se había levantado para pronunciar un largo discurso en pró del dictamen de la comisión de que es presidente, sino para defender á la nobleza de los ataques del señor Heros, y rectificar dos errores en que este señor senador había incurrido.

Sinceró á la nobleza diciendo que ella había siempre cumplido cual cumplía á su institución

y á los tiempos antiguos, y que no reclama ahora un derecho, sino que deja discutir sobre si en la actualidad, y bajo una monarquía hereditaria, conviene ó no conviene que haya también un Senado hereditario. Contestando luego al señor Heros, negó que la grandeza haya firmado en 1825 una esposición á D. Fernando VII, en el sentido manifestado por el señor Heros, y leyó una carta del duque de Angulema, en que aconsejaba al rey que diese una amnistía y convocara las Cortes antiguas para organizar la sociedad sobre las bases del orden y de la justicia; carta que los nobles apoyaron en su esposición. Contestó asimismo al señor Heros, sobre otro cargo de S. S., que había en su discurso señalado á la nobleza como la que en 1834 pidió la intervención francesa, y devolvió el cargo diciendo que justamente había sido el general Valdés, perteneciente al partido progresista, el que pidió en aquella época la intervención.

El señor Heros rectificó, insistiendo en que no estuvo exagerado en la calificación que hizo en su discurso de la esposición de la grandeza en 1825. Dijo que tenía copia de la esposición y de otra posterior, aun mas digna de reproche, y sobre lo relativo á su intervención, manifestó que no había dicho que la nobleza la pidió, sino que en el estamento de Próceres preparó una proposición para pedir la, de lo que fué disuadido.

Aludido el señor San Miguel, se levantó á defenderse y á defender al general Valdés, y también vino en defensa de la buena memoria de este y del buen nombre del ejército, el señor general Serrano, quien se espresó con calor y energía, como militar y como ayudante del espresado general Valdés.

El señor duque de Rivas rectificó, espresando que no había estado en su ánimo ofender en lo mas mínimo la memoria del difunto general, y terminó así este singular incidente de la sesión de ayer.

Habló en seguida el señor Ruiz de la Vega, no para impugnar el artículo 1.º, como dijo, tampoco para defenderle, cual pudiera creerse, sino para señalar la necesidad de una enmienda y una aclaración, y á fin de provocar algunas explicaciones. Dijo el señor secretario del Senado, que en el artículo 1.º se da el derecho de senador á los arzobispos, y quería que también se agregara á los cardenales, porque puede suceder que, andando el tiempo, sean elevados á la dignidad cardenalicia prelados que no sean arzobispos, y entonces se notaría un gran vacío en la reforma. Era preciso, en concepto de S. S., enmendar ó corregir y subsanar esta falta. Asimismo se entreteuvo en hacer ver que el artículo 1.º no estaba muy claro en lo que dice relación con las altas dignidades amovibles, cuales son las de presidentes de los supremos tribunales de Justicia, y de Guerra y Marina, y quería asimismo que se explicase si dejarán de ser senadores desde que dejen de ser presidentes, puesto que el derecho de senador es consecuencia del cargo de presidente del tribunal supremo.

Entonces se levantó el señor Arrazola, y con la grave y poderosa elocuencia que brota naturalmente de los labios de S. S., al dar las explicaciones que el señor Ruiz de la Vega había motivado y resumir lo espuesto en el debate sobre el proyecto de reforma, entró como sin pensarlo en el fondo de la cuestión, tratando de rebatir todos los argumentos con que la reforma ha sido combatida.

Siguiendo la conducta de sus predecesores en el uso de la palabra, se internó á su vez en las vastas llanuras de la historia, en busca de armas defensivas y ofensivas con que atacar á los impugnadores; pero la historia, ya tan manoseada, no ofrecía grandes novedades de que echar mano, y por esto sin duda la abandonó su señoría, lanzándose al campo de las altas y graves consideraciones político-sociales, de las que sacó mejor partido.

No es fácil analizar detalladamente el elocuente, aunque difuso discurso del señor Arrazola. Seria preciso examinarle párrafo por párrafo, y entrar en extensas apreciaciones sobre muchos de los pensamientos y algunas de las teorías de S. S., y esto no nos compete ni nos cumple. Baste decir que cerró la discusión sobre el art. 1.º del proyecto de reforma, que es el artículo principal y el mas combatido.

Consultada la Cámara, acordó que el punto estaba suficientemente discutido, y puesto á votación el art. 1.º, después de unas palabras del señor Tejada, que quería oír algunas explicaciones antes de votar, y de haberse pedido por algunos señores senadores que la votación fuese por partes, resolviendo el Senado negativamente, quedó aprobado en votación ordinaria, levantándose la sesión á las cinco y media.

Los que desean la intervención inmediata del clero en la enseñanza; los que, llevados de una exageración lamentable, pretenden, sin saberlo acaso, abrir á nuestra patria la puerta de las reacciones; los que no ven otro remedio que aplicar á las ideas revolucionarias de la democracia, que las ideas revolucionarias del retroceso, han ordenado sus huestes, preparado el campo del combate y librado formal batalla á los partidarios

de la doctrina constitucional. El terreno escogido por aquellos, ha sido la discusión de las bases de instrucción pública. Después de probar el temple de sus armas en los dos días anteriores, creyeron que era llegado el caso de provocar un ataque general, y así lo hicieron, al votarse ayer en el Congreso una adición del señor Lasso de la Vega al art. 1.º del proyecto.

La primera hora de sesión fué consagrada á discutir sobre la validez de las actas del distrito de Tíjola. La comisión proponía que fuesen aprobadas, atendiendo á que no aparecían bastante justificadas los hechos abusivos contenidos en las protestas. Así lo consideró también el Congreso, después de un amplio debate en que tomaron parte, de un lado los señores Gonzalez de la Vega, Santa Cruz y Campoy, que pedían la nulidad, y de otro los señores Flores Calderón, Posada Herrera y el interesado señor Vilanova.

Aprobado el dictamen y admitido el señor Vilanova como diputado, se suspendió la sesión por media hora para que el Congreso se reuniese en secciones, después de cuyo paréntesis prosiguieron los debates pendientes sobre las bases para el proyecto de ley de instrucción pública.

El señor Cárdenas, individuo de la comisión, fué el primero que usó de la palabra para contestar al señor Polo, que en la sesión anterior había defendido una enmienda al art. 1.º Esplanando parte de los argumentos aducidos anteayer por el señor ministro de Fomento, dijo que no podía consignarse en las bases el espíritu ni la letra de dicha enmienda, siendo así que el Concordato, verdadera ley del reino, y mas importante en cierto modo que cualquiera otra ley por su carácter de estabilidad, fijaba espresamente la legítima intervención del clero en la enseñanza. Deploró, y con harta razón en nuestro sentir, que los impugnadores del proyecto hubiesen llevado la cuestión á un terreno inconveniente y apasionado, y concluyó diciendo que condenaba, como los señores Canga y Tejada, el racionalismo con todas sus consecuencias.

Desechada la enmienda en votación ordinaria, se leyó una adición del señor Lasso de la Vega, que no era mas ni menos que la reproducción de la enmienda del señor Polo.

El señor Lasso pronunció en su defensa un buen discurso, notable por su vehemencia y corrección de formas, pero débil en el fondo, como no podía dejar de serlo, tratándose de una causa tan desesperada como la que este joven orador ha escogido para hacer su *debut* parlamentario. Uno de sus argumentos mas fuertes en apariencia era que, en todo el curso del debate, cuantos habían hecho uso de la palabra en pró del dictamen, todos habían convenido en admitir en principio la bondad de las doctrinas espuestas por los que pedían la inspección del clero en el ramo de enseñanza, y sin embargo, resistían que se consignase así en las bases. Hemos dicho que este argumento es fuerte en apariencia, pero en el fondo de poquísimo valor, según demostró mas tarde el Sr. Posada Herrera. También dijo el Sr. Lasso que se tenía por mas liberal que el Sr. Gonzalez Serrano, y que defendía las ideas modernas porque había nacido en este siglo; presentando ademas como una prueba del liberalismo de los partidarios de sus ideas, el hecho de que estos son todavía jóvenes: como si de este dato pudiera inferirse nada en apoyo de la proposición de su señoría. No; por fortuna se equivocaba grandemente el señor Lasso de la Vega: la juventud española, que se ha nutrido en las ideas liberales, no simpatiza, no puede simpatizar con las exageraciones de su señoría y de los escasos parciales que siguen esa bandera. Religiosa sin fanatismo, monárquica sin afectación, así huye de las doctrinas avanzadas que llevan á la disolución social, como de las máximas no menos revolucionarias y disolventes del neo-catolicismo que conducen al mismo fin por opuestos caminos. No comprendemos ese empeño en hacer alarde de sentimientos liberales, al propio tiempo que se predica la reacción y se santifican los principios absolutistas. Algo deben tener aquellos de buen cuando se presentan como un mérito por sus mismos adversarios.

No hablaremos de las inesactitudes en que incurrió el señor Lasso de la Vega durante su peroración, como la de llamar al Concordato ley fundamental del Estado: son disculpables en quien por primera vez y con la desconianza propia del talento modesto, dirige su voz á una corporación tan respetable como la Cámara de diputados. Equivocadamente también, atribuyó al señor Gonzalez Serrano una apreciación que no había salido de sus labios y contra la cual protestó después energicamente, á saber, que el clero era ignorante. Tampoco haremos nosotros tal agravio á esa clase dignísima: nuestro clero es bastante ilustrado, está á la altura de la sagrada misión que le ha sido confiada, y puede ayudar con sus luces, con su piedad y con sus prudentes consejos, á formar la enseñanza del hombre cuando da los primeros pasos en la vida. Pero no basta esto: es necesario abarcar todas las ciencias, todos los conocimientos, todos los ramos del saber humano para dirigir la instrucción pública en sus infinitas ramificaciones; y por grandes que sean los deseos del clero, no se halla ni

con mucho en aptitud de ejercer la enseñanza universal. Esto no podrán negarlo sus mas decididos partidarios.

Aludido muchas veces por el señor Lasso de la Vega, se levantó el señor Gonzalez Serrano, é hizo una brillante rectificación de las inesactitudes y errados conceptos contenidos en el discurso del primero. Rechazó la inculpación que se le había dirigido de haber desviado la cuestión de su verdadero terreno, siendo así que cuando la tocó S. S., la encontró ya desnaturalizada y casi convertida en cuestión política por los que la habían tratado anteriormente. Contestando á otra especie del señor Lasso, dijo que era cierto que á nombre de la libertad se habían cometido crímenes, pero que no siempre son las turbas las que matan; aludiendo á un pasaje de su discurso del jueves, sobre los excesos y atentados cometidos á nombre de la religión en épocas anteriores. Con briosa entonación defendió á la juventud española y á la de todos los países del cargo que pretenden lanzarla los neo-católicos, suponiéndola empapada en esa atmósfera de reacción que empieza á agitarse en nuestra sociedad, y que conviene purificar á fin de que su aliento deletéreo no empañe las gloriosas conquistas de nuestra época y apague la brillante luz de nuestra civilización.

El señor Lasso había dicho, en un arranque de entusiasmo oratorio, que si se pronunciasen muchos discursos como el del señor Serrano en contestación al del señor Canga Argüelles, dejaría el señor Lasso de llamarse moderado: el señor Gonzalez Serrano dijo muy oportunamente que si el señor Lasso, llamándose moderado, pronunciase discursos tan reaccionarios como el de ayer, el mismo pediría que se le espulsase de las filas de dicho partido. Y tenía mucha razón: entre las doctrinas espuestas por el señor Lasso de la Vega y las doctrinas del partido moderado, hay un abismo que ha dejado perfectamente marcado la votación nominal de ayer tarde.

En fin, el señor Gonzalez Serrano estuvo felicísimo en su elocuente improvisación, defendiendo las doctrinas constitucionales con valentía y entusiasmo, y refutando victoriosamente las absurdas teorías de los que habían impugnado el dictamen de la comisión.

La grata cuanto profunda impresión que sus palabras dejaron en la cámara, fué dignamente sostenida por el señor Posada Herrera, cuyas dotes oratorias no podemos encarecer cual se merecen, y que rayaron en esta ocasión á una grande altura. Con la fuerza de raciocinio y severa argumentación que le distinguen, demostró el error en que habían incurrido los defensores de la intervención del clero en la enseñanza, al asentar que este había dirigido siempre la instrucción, siendo así que la creación de las Universidades fué el primer golpe que dieron nuestros antiguos monarcas al predominio del elemento religioso en la enseñanza civil. Hizo algunas observaciones sobre el racionalismo anatematizado por el señor Tejada en su discurso y vagamente apreciado y definido. Al hacerse cargo de un argumento del señor Lasso de la Vega, que hemos mencionado mas arriba, no pudo menos de extrañar que los impugnadores del proyecto, reconociendo que el país, el gobierno y la Cámara son eminentemente católicos, insistiesen con tanto empeño en que se consignara en las bases la inspección del clero en la enseñanza; en lo cual podría aparecer una doble intención. Aunque se hubiera hecho así, añadía, no por eso hubiera dejado de atacarse el proyecto. Por otra parte, incluir entre las bases, como quería el señor Lasso de la Vega, la fórmula del Concordato, además de redundante era inadmisiblemente, porque la ley que se discute puede ser mañana modificada, y el Concordato no es susceptible de alteración.

Después de algunas rectificaciones, se procedió á la votación de la enmienda del señor Lasso, que fué nominal á petición de varios señores diputados. Aunque no podía ser dudoso el resultado, el Congreso y los espectadores seguían con marcado interés el orden de la votación, por la importancia que en sí llevaba un asunto en que debían deslindarse las dos opuestas tendencias de la Cámara. Verificado el escrutinio, pudo verse con satisfacción que las ideas constitucionales están en inmensa mayoría en el Congreso. La adición fué desechada por 124 votos contra 62.

Detrás de esta adición iba indudablemente oculto un pensamiento político de las mas alta trascendencia. La Cámara le ha descubierto y rechazado con decisión, y por ello la felicitamos. Aun puede parecer algo considerable la cifra de 62 votantes en pró de la adición, pero téngase en cuenta que muchos de aquellos individuos han prestado sus votos, unos por afecciones á sus distritos, y otros obedeciendo con la mejor buena fe á lo que creían mas conveniente para la enseñanza pública, pero en manera alguna con el objeto de atacar al gabinete, ni mucho menos á los principios liberales que sustentan.

Los pocos que oscilaban ó que pudieran ocultar la tendencia ultramontana, pretendiendo llevarnos paso á paso astutamente á una reacción imposible, condenada por la opinión general, y

esto se ha publicado. Y es esta la hora en que no encuentra victorias la comisión.

Los electores llevaron la protesta a la junta general. Entonces algunos de los secretarios la hicieron como siya, y por eso consta en el acta.

Se podrá decir que el resultado de Oria no influye en la elección. No, señores: 124 votos ha tenido el señor Villanova en Oria, y solo 40 en las otras secciones, mientras que de los otros dos candidatos, el uno obtuvo 97 votos y el otro 24. Es decir, que siendo nula el acta de Oria aprobándose el dictamen de la comisión, vendría aquí a sentarse un diputado por 40 votos, de 255 que han emitido los suyos. La comisión no ha visto bien ese expediente: si lo hubiera visto, habría dado otra prueba más de independencia proponiendo la nulidad.

Pero dice la comisión: doscientos electores del distrito han aprobado pidiendo, y de estos, ciento y tantos dicen después, que no han sabido lo que han firmado. Pues bien, 163 tiene la sección de Oria, y en esa segunda exposición solo 54 hay de Oria, esto, por consiguiente, no influye en la verdad de los hechos, y se permite lamentar la conducta de esos jueces, que con la ley puesta se lanzan a la calle en busca de electores, para después tener que ser injustos y participar en el desempeño de su ministerio. Yo siento que no estén en ese banco los señores ministros, porque los electores a que adaptaran medidas eficaces para que los jueces se abstuvieran de mezclarse de esa manera en las luchas electorales.

El Sr. FLORES CALDERON: El que realmente creo que no se ha enterado de las actas, es el señor González de la Vega. Nada de lo que ha dicho S. S. está justificado: la protesta de que habla no tiene los caracteres de tal; es un documento firmado por 74 personas ante un escribano el día 26. El escribano dice: «Se me ha presentado un papel, que dicen es protesta, y yo doy fe de que en efecto ese papel está firmado por 74 individuos.» Si en el acta de la elección esos electores se hubieran presentado con el escribano, y este hubiera dado fe de que eran electores, el caso hubiera sido de nulidad. Pero no ha habido nada de esto.

Pero dicen los 74 protestantes, que no podían haber votado por el señor Villanova, porque se marcharon de Oria el 25 y el 26 de madrugada, y es muy extraño que, marchándose en esos días, firmen esa protesta a las dos de la tarde. La comisión, pues, no ha podido atenderse más que a las actas.

No es exacto que se quejase nadie de falsedad en la elección de la mesa interina, ni de la definitiva: nada está justificado en el acta, antes bien consta lo contrario en ella.

Respecto a la votación del segundo día, la protesta que se presenta pesa del mismo vicio que todas. Dice el señor González de la Vega que no se espusieron las listas: ¿cómo sabía el señor Arenal que solo habían votado los 94? Lo sabía por las listas que estaban firmadas. Eso lo dice el señor Arenal mismo; y este es testigo de su propia declaración.

Hay también en el expediente una justificación de los seis auxiliares de la autoridad, que manifiesta que todo se hizo con legalidad.

Por lo demás, las firmas no se parecen las de unas exposiciones a las de otras. Y respecto a las justificaciones que no han aceptado los jueces, si es cargo, es para todos, porque tampoco al vencedor, que no era por cierto candidato del gobierno, se ha permitido justificaciones. Yo lamento que no se admita; pero lo general es en los jueces, no admitirlas.

Suplico, pues, al Congreso que apruebe el dictamen de la comisión.

Los señores González de la Vega y Flores Calderon, rectificaron.

El Sr. SANTA CRUZ: Señores, 74 electores de Oria, acuden diciendo que en la mesa de aquella sección, ha habido falsificaciones, hasta el punto de hacer aparecer 94 electores votando al candidato proclamado, cobrando voto mas que los dos. Y es de notar, que entre esos 94, están los nombres de los protestantes.

Pues bien, aquí hay un delito grave: ó los que han representado calumnias a la mesa, ó la mesa ha falsificado la elección. Cualquiera de estos delitos que se haya cometido, es preciso que se castigue y que no quede cubierto por la aprobación de este dictamen.

Yo desearía que la comisión concediera un plazo para que esos interesados pudieran justificar los hechos. Si las justificaciones prueban esos hechos que los falsificadores sufren el castigo; si no, que se castigue a los culpables.

El Sr. POSADA HERRERA: La comisión cree que no es práctica acordada en los jueces negarse a recibir informaciones de esa naturaleza; pero no por eso puede renunciar a sus principios. La comisión se encontraba con cuatro exposiciones contradictorias entre sí, en que en las unas se decía que se habían suplantado firmas, y en la otra se venía firmando con la señal de la cruz. El único documento fehaciente era una exposición pidiendo la aprobación de las actas con 136 firmas autorizadas por cinco escribanos. Así, pues, sin separarse la comisión de sus principios, no podía proponer la nulidad de estas actas.

El Sr. CAMPOY: No pensaba tomar la palabra, y a propósito he venido tarde para no votar en esta discusión. Pero se ha supuesto aquí que de los 200 electores sabían firmar 64, y que sin embargo vienen haciendo la señal de la cruz, y no puedo menos de levantar la voz, porque esa exposición la ha presentado una persona muy digna, incapaz de haber cometido ni una sombra de falsedad.

Señores, desde que hay gobierno representativo, no se ha visto un acta como esta. En el distrito de Oria se ha dicho por las personas que protestaron, que el señor Villanova no tuvo mas que dos votos. Se quemaron las papeletas, y después de quemadas se dijo que había tenido 94. Se protestó; no se admitió la protesta; se acudió al juez; el juez no la demandó; se apeló; no se admitió la apelación; se presentó que había criminal, tampoco se admitió; se apeló; no se admitió la apelación.

Pues no se han contentado los electores con esto. Han venido 200 electores aquí diciendo lo que ha ocurrido. Hay una exposición, en que se dice: hemos llegado a entender, que se ha dicho que nosotros, sabiendo firmar, hemos hecho la señal de la cruz; que se después ese hecho, ¿y qué hay que hacer aquí? ¿Diputario? lo que yo no puedo aceptar, es que no se haga caso de lo que dicen 200 electores.

Deso, pues, orden al juez de primera instancia, para que admita la justificación, y ante él se vea si las firmas de las exposiciones son verdaderas ó falsas.

El Sr. VILLANOVA: La argumentación del señor Campoy se funda en una exposición que ha traído un amigo del señor Campoy.

El Sr. CAMPOY: El señor don Luis Jimenez.

El Sr. VILLANOVA: Yo hablo de D. José Fernandez, presidente de la junta revolucionaria en 1854, alcalde en el último biénio, y por una anomalía inconcebible, alcalde también de Siron ahora. Este presenta una exposición con 200 nombres, pero 80 son de la sección de Siron; y no pudieron ver lo que pasó en Oria; 31 son de Tíjola; 63 no saben firmar; 4 firman por duplicado, y 64 en otra exposición de 72, dicen: «Ya no queremos que se anule toda la elección, sino solamente la de Oria.»

La verdad de lo sucedido en Oria, fué que a las ocho de la mañana no había quien constituyese la mesa. Fué preciso buscar a los secretarios, y se compuso al fin de dos moderados, un progresista y un absolutista. Hasta el segundo día nada de particular ocurrió; el segundo día, dos personas se presentaron al escribano para que diese un testimonio, con el que se presentaron a la junta de escrutinio acusando de falsificación a la mesa de Oria, y suponiendo que los unos habían votado a tal candidato, los otros a tal otro, como si pudiera darse crédito a lo que se refiere después sobre un acta que es secreto.

Yo pido la injerencia del Congreso y de los señores impugnadores del acta, si he dicho alguna cosa inconveniente.

El Sr. SANTA CRUZ: El Sr. Villanova acaba de leer la protesta que se presentó. La comisión ha dicho que no había protesta.

Por lo demás, todos los electores de un distrito tienen derecho a hacer reclamaciones sobre la elección, porque a todos les interesa.

El Sr. FLORES CALDERON: He dicho que se había presentado una que se llamaba protesta, pero que no lo era.

Si en esa discusión, se aprobó el dictamen y quedó admitido el Sr. Villanova.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende la sesión mientras se reúnen las secciones.

Eran las tres y cuarto.

A las cuatro menos cuarto volvieron los señores diputados al salón.

Juro y tomó asiento el Sr. Villanova.

Se anunció que se distribuirían a los señores diputados 250 ejemplares de las actas de 1855, remitidos por el señor ministro de Hacienda.

Pasaron a la comisión varios documentos relativos al asunto de las minas de Logrosán.

Quedó sobre la mesa el dictamen concediendo una pensión a las tres hermanas del coronel don Rafael Trabado.

Bases del proyecto de instrucción pública.

Continuando la discusión pendiente sobre la enmienda del señor Polo, dijo:

El Sr. CARDENAS: Es difícil mi situación para contestar al señor Polo, porque la enmienda de S. S. se funda en un pensamiento que yo inicié en el seno de la comisión. Sin embargo, debo combatirla por algunas de las razones ya expuestas, y otras que espondré brevemente, porque esta discusión va siendo demasiado prolíja.

Yo inicié en la comisión el pensamiento de consignar en las bases la intervención de la iglesia en la enseñanza, de una manera parecida a la que presenta la enmienda del Sr. Polo; pero convencido por las razones que se me dieron, me conformé con que se consignara en el preámbulo, y de la misma manera se conformó el Sr. Arias, que no pudiendo asistir a la sesión por motivos de salud, me autorizó para decir en su nombre lo que pensaba decir solamente en el mío.

El motivo que tuve para no insistir en que se consignara esa intervención en las bases, fué que era ineficaz semejante consignación. Creo que una ley de instrucción pública es muy importante; pero no los principios generales a que haya de atenerse el gobierno para la instrucción. Si fuéramos a hacer la ley, comprendo que se exigiera que se consignase en ella esa intervención, que considero útil para la Iglesia y el Estado, y sobre todo para este último.

En la ley podríamos establecer los medios de hacer eficaz la intervención; pero en las bases, esto ni es necesario, ni eficaz. No es necesario, porque no haríamos mas, en todo caso, que poner en las bases lo que el Concordato dice; no es eficaz, porque como se obligará al gobierno a dar esa intervención legítima al clero? El gobierno podrá seguir el sistema de hoy ó seguir las ideas del señor Tejado, porque todo eso cabe dentro del Concordato. Si, pues, preciso determinamos los medios por los cuales había de ejercer la Iglesia la intervención que le corresponde en la enseñanza; y esto, señores, no es propio de las bases.

Se dice, que si no se consignara el principio en las bases, no hay para qué consignarlo en el preámbulo. Las bases no obligan a más al gobierno que el preámbulo, y la comisión, lo único que ha querido es manifestar sus sentimientos en este punto, y no lo ha consignado en las bases porque le ha considerado completamente ineficaz.

Deben ser objeto de bases aquellos principios de que puede prescindir el gobierno. ¿Puede prescindir de esta intervención? No. Pues, ¿por qué se ha de hacer de esto el objeto de una base?

La comisión, señores, aunque entró en pormenores acerca de la forma en que pudiera ejercer la Iglesia esa intervención, no tomó sobre este punto acuerdo ninguno; así que no concede ni niega nada de lo que se ha dicho acerca de él. Cada individuo tendrá sus opiniones, pero la comisión colectivamente no puede decir las suyas, porque no la ha deliberado sobre ello.

Yo condeno esas tendencias de ciertos libros, y ese racionalismo absurdo de ciertas escuelas alemanas; pero si me pusiera a hacer la ley, no sé dónde fijaría esa intervención de la Iglesia en la instrucción.

Hay además otra dificultad para sentar ese principio en las bases, y es que hay que formularle de un modo igual a como está en el Concordato; y esta manera es tal, que no puede ser base de una ley. El Concordato dice en su art. 2.º (Le leyó) de manera, que para consignarlo en la base, habría que decir: «No se pondrá impedimento, etc.» Esto no es modo de formular una ley. Habría que ponerlo de un modo preceptivo, y esto tiene el inconveniente de que el legislador no puede poner preceptos a la Iglesia.

La enmienda del señor Polo formula esta cuestión:

Dice: «La Iglesia condonará, etc.» Ahora bien, yo pregunto al Congreso: ¿tiene necesidad la Iglesia de que el Congreso le diga esto? Repito, pues, que como el gobierno haga una ley de un modo ó de otro dentro del catolicismo.

El Sr. POLO: Seré muy breve. El señor Cardenas ha dicho que no estaba dispuesta la comisión a aceptar mi enmienda, por los términos en que estaba redactada. Si el gobierno y la comisión están dispuestos a que se añada una base con las palabras del Concordato, retiraré mi enmienda; si no, la sostengo.

Leída de nuevo la enmienda, y puesta a votación, fué desechada.

Se leyó por primera vez una enmienda de los señores Roncali y otros, que pasó a la comisión, y una adición a la base quinta del art. 1.º, de los señores Canga Argüelles, Revilla, San Juan, etc., y dijo en apoyo de esta.

El Sr. LASSO DE LA VEGA: Señores, siento que en una cuestión tan importante me toque usar de la palabra cuando están agotadas las razones que pueden apoyar esta enmienda, y tanto mas, cuanto que yo no tengo mas autoridad para dirigir la palabra al Congreso, que mi buen deseo y mi amor a la verdad.

Había pensado no hablar, y lo hago en este momento, tanto por la gravedad de la cuestión que se debate, como por reclamar a sí deberes de conciencia. Dice el señor Cardenas que este proyecto era un voto de confianza al gobierno. Toda mi confianza la tiene, pero yo que lo he sacrificado hasta ideas políticas, nunca lo sacrificaré mi conciencia. Y la prueba de la gravedad del debate es que de todos puntos se han levantado voces a manifestar su opinión sobre esta cuestión.

La cuestión está moralmente ganada. Todos los señores que han hablado, han reconocido el principio consignado en la enmienda. Los señores Orobio, Tejado, Diaz, Góicorotxa y Canga Argüelles, han convenido en la idea, y ha sido necesario que el señor González Serrano tome la palabra para que el debate cambie de giro y se envenene la cuestión.

Pues qué, ¿el señor Canga Argüelles al pronunciar su discurso, pedía al gobierno que hiciera lo que él manifestaba ser su deseo? No, señores, no quiero tanto; y tan cierto es esto, que las opiniones nunca pueden aplicarse con todo el vigor é inflexibilidad con que se profesan. Yo, que soy mas liberal que el señor González Serrano; yo, que sería en los libros las de moderado; cuando veo a la democracia que incendia, destruye la familia y desquicia la sociedad, yo la maldeciré. Veo, pues, el señor González Serrano como yo podré aceptar la democracia y maldecirla al mismo tiempo.

Ha habido, pues, un completo acuerdo en la opinión de todos los oradores, y solo podía la discusión salir de este estado por un discurso como el del señor individuo de la comisión, que quería manifestar aquí que sus ideas eran las ideas moderadas.

Nosotros, que acabamos de salir de las universidades, nosotros por nuestra edad, somos los que representamos mejor que S. S. las ideas moderadas modernas; yo aseguro al señor González Serrano, que si por los moderados se pronuncian muchos discursos como el de S. S., yo renunciaré a ese partido.

El gobierno ha traído aquí un proyecto de instrucción pública algo; que lo mis no puede servir en una república a la que en una monarquía absoluta y religiosa. ¿Qué hemos querido hacer nosotros? Poner la cruz que escriban nuestros abuelos antes de empezar a poner una palabra en un papel: bautizarlo.

Se ha dicho que no era bueno traer un principio tan alto, consignado en leyes tan respetables, a una ley menos importante que puede variarse por otra ley. O derogación de esa ley se verifica cuando hay solo un cambio de ministerio, y entonces no se variará ese principio, ó es radical y varía completamente la política del país, en cuyo caso no se respetaría el Concordato, como saben los señores diputados que ya ha sucedido.

Que es innecesario consignarlo. Si este es el único argumento, si no es mas que una redundancia sentarle en la ley, ¿qué nos deja el gobierno que carguemos con esa redundancia? Y además, ¿es redundante? ¿Pues no se consignaron los principios fundamen-

tales en las leyes fundamentales del Estado, y luego se explanan en las orgánicas?

¿Pues que es el Concordato mas que una ley fundamental del Estado, y qué es la ley de instrucción pública sino una ley orgánica?

Si es necesario, ¿por qué se ha dicho en el preámbulo?

En este proyecto, señores, repito, que ó sobre preámbulo, ó falta base; el preámbulo no obliga a nada al gobierno, y por consiguiente es inútil consignar en él un principio; si ha de obligarle, es preciso que esté en las bases.

Además, señores, es mas necesario ahora que nunca, como han dicho muy bien los señores que me han precedido en el uso de la palabra. ¿Pues no conviene que se conserve en una ley de instrucción pública un recuerdo para la Iglesia, que es la madre de la instrucción pública? ¿No es conveniente esto en una nación en que todas las glorias son religiosas, y todos los hombres distinguidos han pertenecido a la Iglesia ó han sido discípulos de hombres que a ella pertenecían?

¿Por qué privar de ese derecho a la Iglesia, que cuando ha podido monopolizar la enseñanza no la ha monopolizado?

Hay que consignar esto además, como un derecho de la Iglesia, porque lo está en el Evangelio, y porque desde que se ponen en contacto la sociedad civil y la religiosa, tienen que prestarse mutua ayuda. En un país en que hubiera libertad de cultos, pediría la enseñanza libre; pero en este quiero su dirección para el gobierno, pero inspeccionada por la Iglesia, que mas que nada necesita la libertad de enseñar su doctrina.

Mas necesario es aun en esta época en que se va del escepticismo a la utopía, los cuales no se combaten sino con lo que es teórico y práctico al mismo tiempo, con lo que es la verdad que ha vivido diez y nueve siglos y que tiene de porvenir cuanto haya de siglos en el mundo.

Voy a terminar haciendo una súplica al gobierno. Creo haber demostrado la necesidad de que se consignara en la ley el principio de la inspección de la Iglesia. Si el gobierno lo ha de consignar en la ley, ¿por qué no hacerlo en las bases? Porque sino es cuestión de política, si solo se trata la enmienda de innecesaria, ¿por qué el gobierno, la primera vez que le hacemos una súplica, nosotros, nosotros, que le damos nuestro apoyo en todas las cuestiones, se resista a atenderla, como tenemos derecho a esperar? ¿Y si alguna razón para ello? Yo no puedo creerlo; y por lo tanto, pido al gobierno y a la comisión, y si no al Congreso, que se sirva aceptar mi enmienda.

El Sr. GONZÁLEZ SERRANO: No voy a hacer un discurso; pero el Congreso habrá conocido que no puedo menos de contestar.

S. S. ha supuesto que la discusión no ha tenido otro carácter que el de los principios, hasta que yo me levanté. Yo me remito a los señores diputados y al país, que puede leer los discursos que se pronunciaron antes que el mío, y decidir si ha habido ligereza por parte de la comisión. No ha sido esta quien ha sacado la cuestión de su terreno y traído aquí cosas que no se debían traer, porque aquí no es lícito traer esa idea suabine, ese balsamo divino que el Orador nos dió para nuestro consuelo y vestirle con la túnica con que aquí se ha vestido, para hablar de las creencias y de la fé de los unos, y que se dude de la fé y de las creencias de los otros.

Yo diré al señor preopinante, que a nombre de la libertad se ha sacrificado muchas veces a la humanidad, y que se han cometido crímenes a nombre de la religión. Recuerda S. S. a la historia, y verá que no eran solo las muchedumbres las que metaban; que no eran solo las muchedumbres las que guiaban a la maza. (Muchos señores diputados: Bien, bien. El Sr. Presidente: Orden, señores.)

S. S. cree que se pueden defender ciertas doctrinas, yo emitto mis opiniones en contra, y S. S. no puede decir que yo lo he limitado la cuestión. El señor Orobio estuvo en su terreno, pero los señores Tejado y Canga Argüelles sacaron de su quicio la cuestión y la llevaron a un terreno donde nos fué forzoso seguirlos.

Rectificado este hecho, yo diré, a nombre del partido viejo moderado, a quien parece que quiere espulsar S. S., que se dice representante de la juventud, que hay mas juventud que S. S.; yo quiero vindicar a la juventud española que no piensa como S. S. (Muchos señores diputados: Verdad, verdad.)

Nada me importa las calificaciones de mis discursos, porque me enseñan. Pero ha dicho S. S., que a muchos como el mío, S. S. no quería ser moderado. Con muchos discursos como el del señor Lasso de la Vega, si sus discursos representan las ideas del partido moderado, yo pido que se me espulse de ese partido, porque mis ideas no son las de S. S.

Voy a rectificar el último hecho importantísimo y trascendental. S. S., sin nombrarme, me ha aludido, y ha sido una especie de padre La Cordaire, vindicando a una clase respetable que no ha sido atacada, y manifestando que aquí se había acusado de ignorante al clero español. Yo no he dicho eso. Lo que yo únicamente he dicho, es que ya sabía el señor Canga Argüelles hasta donde llegaba su instrucción. Mi opinión sobre este punto me la guardo, porque son cosas muy delicadas.

Siento no poder seguir el meditado discurso de S. S., porque no me lo permite el reglamento; pero por esta razón no puedo hacerlo, y me siento.

El Sr. POSADA HERRERA: Señores, no espere el Congreso que yo levante tempestad, oponiendo principios a principios. Es muy fácil en una nación católica, apartando la vista de la cuestión presente, hacer discursos bellos, pero que están fuera de ella.

Si algo probaria que la comisión ha sido templada en no admitir esta base, sería el discurso de S. S. Pues que si de esas universidades que S. S. ha llamado típicamente sales, salen los jóvenes con las doctrinas de S. S., es claro que no hay necesidad ninguna de modificar el plan de estudios que rige en esas universidades.

¿Qué necesidad hay de consignar hechos que ningún español llega a desconocer?

La comisión acepta casi todos los principios prácticos de los señores Canga Argüelles, Tejado y Orobio, y sin embargo no quiere traerlos a este debate, porque los considera fuera de su lugar.

Cuando el señor Orobio decía que el clero ha sido el director de la enseñanza hasta el tiempo de Carlos III, me asombra esta inexactitud de S. S. Hasta el mismo Felipe II tenía la dirección de la enseñanza, y Carlos III solo se ocupó de la instrucción primaria para introducir en las universidades ideas que impidiesen que se vieran en ellas muchos libros que hablaban del regimiento.

Déjese después el señor Tejado: «Hay un monstruo en la Europa entera, que es la revolución, y cuyo padre es el racionalismo.»

¿Qué entiende su señoría por racionalismo? ¿El derecho que tiene todo hombre de investigar las grandes cuestiones de la humanidad, salvando y respetando los derechos católicos? En ese caso, yo no puedo estar conforme con su señoría; mucho menos, cuando se dice a nombre de la Iglesia católica, conservadora de las doctrinas que en esta parte nos ha legado la antigüedad, para estudiar los verdaderos principios, la síntesis de las doctrinas griegas y romanas.

Para combatir estas ideas, tenemos los libros de los doctores de la Iglesia. Pues, ¿cómo a nombre de la Iglesia, se quiere cerrar la puerta a la discusión?

Así, señores, la comisión no combate las reglas prácticas de los señores que han hablado en contra, sino su exageración. Y aquí me haré cargo de una indicación del señor Lasso de la Vega, que decía: «Si admitis los buenos principios del concordato, ¿por qué no los consignamos en las bases? Yo diré a su señoría: si reconoceis buena fe y sinceridad en el gobierno y en la comisión, ¿por qué tanto empeño en que se consignen esos principios en una de las bases? ¿Quiénes son, señores, aquí los que tienen un pensamiento oculto detrás de esas frases? (Muchos señores diputados: Bien, bien.)

El Sr. PRESIDENTE: Orden, señores diputados, orden.

El Sr. POSADA HERRERA: Vengamos a la cuestión. La comisión recibió del gobierno unas bases de instrucción pública para su examen. Mi digno compañero y amigo, el Sr. Cardenas, indicó que cabían en ella todos los planes de instrucción pública posibles, pero bien pronto nos convencimos todos de que, si bien iban a ponerse aquí todas las bases, esto sería la misma ley; y con el objeto de que no pudiera salir el

gobierno de los principios del partido conservador, consignó ese principio en el preámbulo. ¿Qué mas podía hacer? Aunque hubiera consignado esa misma enmienda, no hubiera evitado esta discusión.

Por lo demás, ya ha manifestado el Sr. Cardenas que el consignar esto en el proyecto era innecesario e ineficaz, y que no había una fórmula a propósito para hacerlo. Por consiguiente es menester dejar esto a la buena fé del gobierno, y conocer que el ministerio no puede separarse en este punto de esos buenos principios.

Los Sres. Lasso de la Vega, Orobio y Posada Herrera rectificaron.

El Sr. TEJADO: Se ha dicho que traemos aquí un pensamiento oculto; que le habíamos dado a la cuestión un carácter político.

A riesgo de decir una estravagancia, dije que no sabía que era su política, y este sacrificio ha sido estéril. He dicho que se iba por un mal grado cumplir la política y la religión, y los que hemos hablado en cierto sentido, las hemos separado.

El Congreso juzgará si los señores que han hablado en otro, han hecho lo mismo.

Por lo demás, entiendo el racionalismo del mismo modo que el señor Posada Herrera.

Leída de nuevo la enmienda, y puesta a votación, fué esta nominal, a petición de varios señores diputados, resultando desechada por 121 votos contra 62, en la forma siguiente:

Señores que dijeron no.

Barzanallana (D. José)—Bolígani.—Suarez Inclán.—Barzanallana (D. Manuel)—Moyano.—Bida.—Mayans.—Posada Herrera.—Cardenas.—Ramírez Arellano.—González Serrano.—Góicorotxa (D. Ramon).—Esquerdo.—Orfila.—Jaramillo.—Sanz.—Gándara.—Pinzon.—Estrada.—Romero Toro.—García Hidalgo.—Trigita.—Quintana.—Calderon.—Conde de Santa Olaya.—Illas.—Escoibar.—Zuazola.—Conde de Vistahermosa.—Verdugo.—Vilalobos.—Osma.—Martínez y Peris.—Sanchez Silva.—Vazquez.—Merced.—Campamora.—Baron de Cortés.—Conde de Cumbres-Atlas.—Borrás.—Ardayaz.—Salazar.—Rebajillo.—Benavides (D. Antonio).—Nocedal (D. José).—Canseco.—Marfior.—Náñez Arenas.—González Brabo.—Olona.—Enriquez.—Tobar Pérez.—Flores Calderon.—Llorente.—Marqués de Badmar.—Mendoza.—Castellanos.—Cavero.—Alonso.—Lassala (D. F.).—Sanchez.—Ballesteros (D. Diego).—Barnar.—Santa Cruz.—Irazo.—Luengo.—Aizun.—Coronado.—Montalvo.—Martínez M. Uti.—Valarino.—Latoja.—Uria.—Alvarez Quiñones.—Flores.—Calderon Collantes.—Eldayen.—Bosque.—Ribó.—Olella.—Estrella.—Aurales.—Espinoza.—Falcón.—Búrber.—Eschevarría.—Aladama.—Marqués de Montecastro.—Suarez de Puga.—González de la Vega.—Sostres.—Canga.—Santillana.—Trillo.—Jimeno.—Parrá.—Araguastain.—Aretio.—Aguiló.—Vicéns.—Abarzuza.—Lopez Serrano.—Vinegro.—Mazo.—Giron.—Loring.—Vizconde de Rias.—Marqués de Corbera.—Camacho.—D. Ildardo.—Braco.—Inguanzo.—Bautista Muñoz.—Martí Aduén.—Bernard de Castro (D. Salvador).—Conde de Balmaceda.—Marín Burmeo.—Bernard de Castro (D. Manuel).—Díaz Martín.—Vizconde de Aliatar.—Nocedal (D. Claudio).—Fuentes.—Conde de Almodovar.—Señor presidente.—Total, 121.

Señores que dijeron sí.

Chacon.—Carriquiri.—Vizconde de Ravilla.—Maquieira.—Marqués de San Carlos.—Marqués de Montevirgen.—Negrete.—Malgar.—Maroto.—Vazquez Parga.—Conde de San Juan.—Fagés.—Quirós.—Biron.—Conde de Fonollar.—Marqués de Ayerbe.—Roncali.—Marqués de la Conquista.—Moyano Sanchez.—Caudrillo.—Conde de Paila.—Chico de Guzman.—Díaz.—Iglesias y Barones.—Sanjurjo.—Baron de Alcalá.—Enriquez Valdés.—Ramírez Villaverde.—Marqués de los Salados.—Gaya.—Tejado.—Ballesteros (D. Rafael).—Moreno (D. Domingo).—Mocera.—Marqués de San Isidro.—Conde de Goyeneche.—Nuñez de Prado.—Lasso de la Vega.—Orobio.—Marqués de Auñón.—Marqués de Mirabel.—Zayas.—Conde de Vilches.—Herreros.—Marquz.—Campoy.—Conde de Espeleta.—Rodríguez.—Reina.—Duque de Alba.—Davalillo.—Cuellar.—Masip y Vieh.—Bartran de Lis.—Polo.—Canga Argüelles.—Lassala (D. Manuel).—Solís.—Urries.—Andrés García.—Lopez.—Villalada.—Total, 62.

Se leyeron y quedaron sobre la mesa el dictamen de la comisión de actas, aprobando las de Almería y admitiendo como diputado al señor Almargo, y un voto particular del señor Navarro Villalada proponiendo la nulidad.

Se dió cuenta de los nombramientos y demás trabajos hechos por las secciones, y se leyó y pasó a la comisión una enmienda al proyecto de ley de imprenta.

El Sr. PRESIDENTE: Mañana se discutirán los dictámenes de actas que han quedado sobre la mesa; los de peticiones, y después continuará la discusión pendiente.

Se levanta la sesión.

Eran las seis y cuarto.

CRONICA DE PROVINCIAS.

—Tan escasos de interés como desde una semana, vienen ayer los periódicos y correspondencias de provincias.

—La noche del 16 y en el tren-correo de Madrid, llegó a Valencia el señor don Joaquín Escario, gobernador civil de dicha provincia.

—El «Eco de Castellón», periódico generalmente bien informado, y particularmente de cuanto ocurre en el Maestrazgo, dice poder asegurar, que todas las partidas que se han hecho a aparecer en diversos puntos de aquel país, se reducen a una media docena de personajes, gente de mal vivir, y que por ser conoedores del terreno que transitan, se evaden con admirable seguridad de las combinadas operaciones que en su persecución practican los jefes de las diferentes columnas que hoy recorren el Maestrazgo.

—Dice el «Dauro» de Granada:

«Ha sido constituido en prisión el conductor de correos José Romero Olivares, por haberle pillado en su carruaje veinte piezas de flor de taliz de ilícito comercio, con tiro de mas de 800 varas. El descubrimiento fué hecho por el teniente visitador de los derechos de consumo de esta capital, D. Francisco Ríos y Torres. En poder de la empresa se encuentran retenidos las caballerías y carruajes, constándonos que el señor administrador de correos se presta gustoso al registro del carruaje con la mayor finura, interesándose en el descubrimiento de la verdad para castigo de los delincuentes.»

—El «Censor» de Santander ha cesado en sus tareas periodísticas: así lo anuncia la redacción en su último artículo despidiéndose de sus suscritores.

—El nuevo gobernador civil de Huesca, Sr. Lozano, ha dispuesto que en el término de 30 días presenten todos los profesores de la ciencia de curar que haya en la provincia, sus títulos de los subdelegados para tomar razón de ellos y evitar así los abusos. Los que no los presentan pagarán por primera vez una multa de 500 rs., por segunda de 1,000, y por tercera perderán el título.

—Se ha verificado en la plaza de toros de Granada, con crecida concurrencia, la exposición de las diferentes clases de ganado llamados a la competencia para obtener el premio señalado. Parece que ninguno de los animales presentados llenaba los requisitos exigidos.

CRONICA GENERAL.

—Inglaterra.—Dice el gacetero de uno de nuestros colegas:

«Nuestros gratias madrileños comienzan a abandonar sus casas (confundase que el nuestras es designadamente para Madrid). Dentro de algunos días el Prado, el Retiro y las calles de Madrid quedarán desiertas, y la ausencia de las hermosas que las comunican sus ensayos y su animación.»

Nuestros compañeros de gaditana se entristecen y nosotros nos alegramos; no